

como los de los reyes de Judá y de Israel ó como las crónicas de Babilonia y de Asiria esculpidas en ladrillos. El material á que solía acudir se encontraba en abundancia en los archivos, y en lo demás se acudía á la tradición y á los monumentos por los cuales se adquirían noticias del tiempo pasado. Lo único que existe son listas de reyes que fijan con exactitud la sucesión de los soberanos y que eran indispensables para los usos prácticos. De una de estas listas los sacerdotes del templo de Ptah, en Menfis, leyeron á Herodoto los nombres de 330 reyes, pero nada sabían de ellos (á excepción de Nitocris y Mæris), «que de fijo nada notable habían hecho.» Uno de estos «libros» ha llegado hasta nosotros y es el papiro real conservado en Turin, que contiene una lista completa de los soberanos de Egipto y de la duración exacta de sus respectivos reinados por años, meses y días: también las dinastías de dioses que, según creencia de los egipcios, precedieron á sus terrenales monarcas, fueron consignadas en un principio con cuidado sumo. Por un desgraciado accidente este documento de inapreciable valor fué roto en 200 fragmentos, que solo á fuerza de grandes trabajos han podido ser de nuevo unidos, y que son para nosotros de extraordinario valor. El papiro de Turin no es, sin embargo, una obra histórica, ni siquiera una crónica, sino simplemente una lista de reyes. Lo que en materia histórica poseemos son las narraciones escritas en tono legendario sobre algunos sucesos particulares, como la explosión de la lucha entre el rey Hykso Apopi y el rey Ra'squemem de Tebas, y como la conquista de la ciudad de Joppe por Tutmosis III. Recientemente se ha descubierto un papiro análogo que habla de Chufu y del origen de la quinta dinastía. Tal ha sido, por lo que podemos apreciar, á juzgar por el material que hasta nosotros ha llegado, todo el desarrollo que ha tenido la literatura histórica en Egipto. Ciertamente el sacerdote egipcio Manethon escribió en griego, en tiempo de la soberanía macedónica y durante el reinado de Tolomeo II, sus tres libros «Curiosidades egipcias», que conocemos solo por extractos tomados de tradiciones nacionales; cierto que Manethon se encontraba en condiciones de poder detallar exactamente los nombres y la serie de los reyes; pero lo que de estos cuenta son simplemente anécdotas, prodigios y recuerdos históricos pálidos y desnaturalizados. Así, por ejemplo, nos refiere completamente falseada la historia de la lucha con los Hyksos y la de la reforma de Chuenatens, asuntos de los cuales tratan la mayor parte de los fragmentos del libro que hasta nosotros ha llegado. Estas relaciones son mejores que las de los griegos, pues al través de ellas se traslucen los verdaderos sucesos, pero á pesar de ello apenas tienen valor alguno para la reconstrucción de la historia egipcia (1).

Nos falta, pues, por completo una relación no interrumpida de la historia egipcia, y sin embargo esta es en absoluto indispensable cuando se trata de presentar la historia de tiempos que han desaparecido. El material de documentos y de monumentos, por abundante que sea, no basta, pues muchas cosas de la mayor importancia no están consignadas en documentos. El material egipcio necesita doblemente ser completado. Las biografías de los sepulcros solo mencionan naturalmente algunos acontecimientos históricos de especial importancia para la vida del difunto; pero las inscripciones de victorias y de gracias de los soberanos guardan silencio sobre todo aquello que no puede redundar en especial gloria

(1) Es posible que otros escritores egipcios del tiempo de los Tolomeos, como Tolomeo de Mendes, estuvieran mejor enterados, pero la tradición insuficiente no permite formular sobre ello juicio alguno. Por lo demás, Stern en la: *Revista para la lengua egipcia*, 1885, pág. 87, ha procurado demostrar con notables argumentos que estas noticias de nuestros extractos no proceden directamente de Manethon.

suya. Acerca de crisis interiores y luchas civiles, acerca del trato pacífico de los pueblos entre sí y acerca de derrotas y de sucesos desgraciados, no hemos de esperar encontrar nada en las inscripciones por mas que algo pueda traslucirse *inter líneas*. Además de esto hay que hacer constar que los reyes egipcios no eran muy respetuosos con la verdad, así es que no vacilaban en borrar de un antiguo monumento el nombre de un antecesor para sustituirlo con el suyo. También hay que tener en cuenta que solo puede haber monumentos en gran número en los países que disfrutan de un estado de cosas ordenado y de un bienestar normal, y que solo pueden ser conservados cuando lo permiten sus condiciones y las del suelo sobre que se levantan. Por regla general se han conservado las construcciones de piedra protegidas por las arenas del desierto, pero las ciudades y palacios del fértil valle del Nilo y de los territorios pantanosos del Delta han desaparecido sin dejar huella alguna. Por eso han llegado hasta nosotros pocos monumentos y han sido destruidos por completo los procedentes de períodos importantísimos para el conocimiento histórico, como los de la decadencia y los del nuevo apogeo y los de la época en que el Delta era el centro del imperio.

Consecuencia de todo esto es la imposibilidad en que nos encontramos de escribir ahora ni nunca una historia completa de Egipto. Ciertamente que, en lo porvenir, gracias á los nuevos descubrimientos de la investigación, poseemos mas y mejores noticias que al presente, pero habrá siempre muchas cuestiones que no podrán ser resueltas, y los vacíos que en la tradición encontramos no podrán llenarse nunca. Todo lo que nos es dado hacer se reduce á presentar un cuadro, tan exacto en su parte esencial como sea posible, del estado de cosas de algunas épocas determinadas. La historia de la civilización es lo que en primer término se nos ofrece, y para ella poseemos, en muchos casos, material abundante; en cambio las mas de las veces nos es imposible detallar el curso de la vida histórica y el elemento personal. Así es que entre algunos períodos exactamente conocidos hay grandes lapsos de tiempo envueltos en la oscuridad mas completa, para cuya aclaración nos faltan en absoluto los medios indispensables.

Los inconvenientes indicados se aumentan sobremanera con la inseguridad completa que reina en punto á datos cronológicos egipcios: los egipcios no poseyeron nunca una cronología fija (2), pues contaban según los años de sus reyes, así es que para poder fijar la fecha de un acontecimiento cualquiera, nos sería preciso poseer una lista completa de los soberanos y datos exactos acerca del tiempo que duró su gobierno. Si el papiro real de Turin se hubiese conservado íntegro, esta condición por lo menos hubiera podido realizarse, por mas que en él hubiesen necesariamente aparecido errores y omisiones; pero hay en este documento innumerables lagunas, especialmente por lo que hace á los números de años, y en cuanto á las sumas, que con tanta frecuencia allí debían encontrarse, pocas son las que se han conservado. Llenar los vacíos del papiro con datos tomados de los monumentos es tarea completamente imposible. En este documento no faltan fechas, pero solo en algunos casos aislados (especialmente

(2) No hay mas que un monumento egipcio que contenga una era: en tiempo de Rameses II se fechó en el año 400 del rey Hykso Nubti una piedra que ha sido encontrada en Tanis; pero ignoramos qué explicación puede darse á este dato aislado sobre la manera de contar los reinados. Podría sospecharse que el dato de Moisés en el Libro de los Números, 13, 23 («Hebrón fué fundada en Egipto siete años antes que Tanis»), se refiere á esta era, que entonces debería de ser considerada como era de la fundación de Tanis. Pero esto no nos explica tampoco nada. Con toda intención no quiero hablar del período de Sothis, tratándose como se trata ahora de orientar al lector, pues se ha demostrado por completo que no se usaba para fines cronológicos.

respecto de las dinastías 4.^a, 5.^a, 12.^a y 18.^a) permiten fijar aproximadamente la duración de un gran período, y detrás de ellos vienen inmediatamente otros períodos escasos en monumentos, ó desprovistos por completo de ellos, cuya duración no puede en manera alguna fijarse. Únicamente respecto del último milenario de la historia egipcia, es decir, respecto de la época del nuevo imperio, puede trazarse, si no una cronología, por lo menos una lista de monarcas.

Las listas de reyes contenidas en los monumentos vienen á ser un elemento que llena los vacíos del papiro: repetidas veces vemos á reyes y á particulares ofrecer sacrificios funerarios á los antiguos soberanos del país, con cuyo motivo se citan los nombres de estos. De estas listas, tres son de especial importancia, á saber: la tabla de Tutmosis III procedente de Karnak que se conserva en el Louvre y en la cual se observa poco el orden cronológico en la serie de soberanos; la tabla de Seti I de Abydos; y la tabla que en tiempo de Rameses II puso en la tumba de este, en Saqqara un funcionario de la corte llamado Tunrei. Estas tres listas se completan recíprocamente y son de gran valor para nosotros; pero en su conjunto no son mas que listas de escogidos, pues en ellas se hace omisión de los soberanos extranjeros, de los ilegítimos y de los heréticos; se prescinde de la mayor parte de los monarcas de poca importancia, y se consignan muchas frivolidades de toda clase. Ninguna de estas listas puede considerarse completa: las tablas de Abydos y Saqqara omiten los soberanos de las dinastías decimatercera hasta la décimaséptima, y la última, además, las de la séptima á la undécima: la tabla de Karnak, por el contrario, contiene completas las dinastías undécima, duodécima y decimatercera. Ya se comprenderá que estas listas de reyes, por valioso que sea el material que ofrecen, no pueden ser consideradas como una apreciación exacta del curso de la historia egipcia por reinados sueltos ó por generaciones.

Durante mucho tiempo se ha creído que las listas que los extractos de Manethon nos conservan podrían suplir satisfactoriamente las lagunas de las tradiciones y constituir una base sólida para la cronología egipcia. Sin embargo, hay que proceder con sumo cuidado en el uso de estas listas. Los cronógrafos cristianos Africano y Eusebio no tuvieron á su disposición la obra de Manethon como tampoco la tuvo probablemente el judío Josefo, que de ella nos ha conservado una gran parte: todos ellos tuvieron á la vista extractos mas ó menos bien hechos de aquella obra, y sus propios escritos tampoco han llegado hasta nosotros de primera mano. Por eso entre ellos se encuentran muchas divergencias, especialmente en la cuestión tan sujeta á equivocaciones de los números de años. A esto debe añadirse que se sospecha que la serie de soberanos que Manethon nos presenta no fué por él redactada de un modo continuado, siendo muy probable que hubiesen reinado simultáneamente algunas dinastías que los autores de los extractos pusieron, por una mala inteligencia, como habiendo reinado unas despues de otras. De aquí la serie de hipótesis y de combinaciones que se han hecho durante el presente siglo sobre Manethon, de quien han hablado detalladamente los mas ilustres sabios, sin que dos de ellos hayan logrado llegar á un mismo resultado. Los innumerables sistemas cronológicos que sobre la base de Manethon se han fundado difieren entre sí esencialmente en todos sus pormenores. Casi todos estos hombres estudiosos convienen solo en una cosa y es en que la cronología manethónica está garantizada por completo ó casi por completo por la verdadera cronología de Egipto, y por esto con mucha frecuencia no se ha tenido reparo alguno en corregir el texto manethónico que la tradición nos ha transmitido partiendo de la base de los monumentos.

Esta suposición ha sido el punto vulnerable de todos los edificios artificiosos. No obstante, las listas de reyes por Manethon publicadas han sido en lo esencial confirmadas por los monumentos — únicamente es un pasaje, precisamente en la sección mas importante y mas conocida de la historia egipcia, la que se refiere á las dinastías 18.^a y 19.^a vemos en nuestros extractos una funesta equivocación de que es culpable el propio Manethon — pero de todas las cifras referentes á los soberanos de la dinastía vigésima primera solo uno se nos presenta acorde, y es el dato de que Rameses II reinó 66 años y dos meses, que está confirmado por una plegaria del rey Rameses IV, en la cual este desea gobernar 67 años como su famoso antecesor (1). El hecho es muy sensible, pero cierto, y la culpa no está en los extractistas, sino en el mismo Manethon, pues es indudable que este no confeccionó una cronología correcta, ni siquiera apreciable. Especialmente las cifras relativas á los primeros reinados son de tal manera exageradas, que por fuerza hay que negarles en absoluto el crédito. Así por ejemplo el término medio de la duración de un reinado es, en sus listas, de treinta años, cuando por las cifras del papiro, que están en completa armonía con los datos de los documentos, apenas llega á quince.

El autor no es probablemente responsable de este error, pues en su tiempo no habría en Egipto quien tuviera mejores datos. Asombroso sería que la cronología no contuviera error alguno en una serie de trescientos soberanos entre los cuales se cuentan muchos usurpadores y muchos efímeros gobernantes y se encuentran reinando juntos dos ó mas soberanos, unas veces pacíficamente, por elevar un padre á su hijo á la dignidad de co-regente — en cuyo caso, tan frecuente durante la 12.^a dinastía, los años se cuentan por los dos — otras veces por alzarse unos como pretendientes contra los soberanos legítimos, en cuyo caso el vencedor no cuenta los años desde la caída sino desde el entronizamiento de su antecesor. Así es en efecto: el autor del papiro de Turin se estrelló por completo al querer determinar la duración de la duodécima dinastía, pues sumó sencillamente las cifras de los reinados y contó, por tanto, dobles los veinte años que en aquel tiempo reinaron juntos padre é hijo. A esta hay que agregar otras causas para los tiempos posteriores, tales como una idea exagerada del esplendor de los antiguos tiempos que ha hecho aumentar de un modo desmesurado las cifras; la tentativa de trazar algun croquis, etc., y sobre todo la natural corrupción, producida por accidentes de toda clase, que sufre con el transcurso del tiempo la tradición y que en el presente caso tiene también la mayor parte de la culpa de todo.

Dados estos antecedentes, hay que confesar que es imposible formar una cronología ni siquiera aproximada. El primer dato completamente seguro es el del entronizamiento de Psammético I (26.^a dinastía) en el año 663 antes de Jesucristo. Anteriormente el Antiguo Testamento nos ofrece un punto de apoyo con la noticia de que el rey Sheshonq, fundador de la 22.^a dinastía, saqueó á Jerusalen en tiempo de Roboam, con lo cual se indica que vivió en la segunda mitad del siglo décimo antes de Jesucristo, y en efecto, según Manethon, entró á gobernar en 943 (2). Respecto de cuanto ve-

(1) El papiro de Turin y la lista de Manethon están también de acuerdo en otro dato, á saber: en el de que Pepi II (6.^a dinastía) gobernó 90 años y su sucesor uno, pero á pesar de esto no hay que fiarse mucho considerando como histórica la tradición.

(2) Dadas las grandes discrepancias de la tradición, no son muy seguros los datos manethónicos. Por lo demás solo en parte concuerdan estos con los monumentos, en lo que hemos podido apreciar respecto de aquellos tiempos, como por ejemplo en lo referente á la 22.^a dinastía y á Taharga (la 22.^a dinastía gobernó, según Manethon, 120 años y según los monumentos 200, y los detalles de este período difieren en parte

nimos diciendo hemos de atenarnos exclusivamente á juicios aproximados, y nos vemos obligados á buscar para las épocas mas importantes *fechas mínimas*, es decir, hemos de procurar fijar las fechas estudiando los datos de los monumentos y de la tradición y apreciando aproximadamente las generaciones y reinados, cuyas fechas habrán de ser tales que los sucesos á ellas referentes no puedan haber ocurrido antes.

Los reyes de Egipto desde la fundación del imperio por Menes hasta su conquista por Alejandro Magno, han sido distribuidos por Manethon en 31 dinastías; y aun cuando su división se presta á algunas dudas bajo el punto de vista histórico — pues el papiro de Turin hace en ciertos puntos divisiones muy diferentes — actualmente ha obtenido general aceptación y varias razones prácticas aconsejan conservarla en lo sucesivo. Las 31 dinastías se clasifican, prescindiendo de las persas (27.^a á 31.^a) en cuatro grupos principales que pueden denominarse: el Antiguo imperio (de Menfis), el del imperio Medio (tebano antiguo), el Nuevo imperio (tebano), el período de las grandes conquistas y la época de la restauración de la vigésima sexta dinastía. Entre uno y otro hay períodos de decadencia, de dominación extranjera y de nuevo renacimiento. En mi *Historia de la Antigüedad* he procurado publicar, para algunos grupos, estos datos mínimos y ahora voy á reproducirlos, refiriéndome para todos los detalles á lo expuesto en aquella obra.

CUADRO DE LAS PRINCIPALES ÉPOCAS
DE LA HISTORIA EGIPCIA:

	Fechas mínimas.
1. Comienzos del Estado egipcio, dinastías 1. ^a á 3. ^a : empieza con el rey Menes.	3180 a. de J. C.
2. El antiguo imperio de Menfis, época de los constructores de las pirámides, dinastías 4. ^a y 5. ^a : empieza con el rey Snofru.	2830
3. Época de transición, dinastías 6. ^a á 10. ^a : rey Pepi (dinastía 6. ^a).	2530
4. Antiguo imperio tebano (imperio Medio), dinastías 11. ^a y 12. ^a : rey Amenemha't I, dinastía 12. ^a	2130
5. Ruina del imperio tebano. Dominación extranjera (época de los hyksos), dinastías 13. ^a á 17. ^a	

por completo en uno y otros); pero las fechas que conservamos para los comienzos de la 22.^a dinastía y de la dominación etiópica son casi del todo correctos, pues repetidas veces gobernaron juntas varias dinastías. En este punto debe de haberse procedido á una reducción armónica, cuya clase no conocemos.

La dinastía 13. ^a empieza en.	1930
La soberanía de los hyksos empieza en.	1780
6. El Nuevo imperio (tebano). Época de las grandes conquistas, dinastías 18. ^a á 21. ^a	
Expulsión de los hyksos por A'ahmes.	1530
Tutmosis III.	1480-1430
Rameses I, Seti I.	1320
Rameses II.	1300-1230
Rameses III.	1180-1150
21. ^a dinastía.	1060
7. Dominación de los (libios) mercenarios, dinastías 22. ^a á 24. ^a	
El rey Scheschonq I (22. ^a dinastía).	930
Segun Manethon, en 943 ó 939 antes de J. C.	
8. Dominación de los etíopes (dinastía 25. ^a)	728
Conquista asiria.	671
9. Época de la restauración (dinastía 26. ^a)	
Psammético I empieza en.	663
Conquista de Egipto por Cambises.	525

Las fechas que señalamos para el Nuevo imperio hasta la expulsión de los hyksos pueden ser consideradas casi como exactas. En cambio las anteriores son muy problemáticas, de suerte que aun cuando hemos señalado como fecha del reinado de Amenemha't I la de 2130, pudo este monarca haber reinado dos ó tres siglos antes, así como la fecha que hemos puesto á Snofru puede ser en quinientos ó mil años posterior á la verdadera. En este punto nada puede fijarse en absoluto, pues para determinar aproximadamente la duración del período transcurrido desde la dinastía 6.^a á la 11.^a nos faltan todos los datos necesarios, y casi lo propio puede decirse respecto del tiempo que media desde la 13.^a á la 17.^a. Solo puede decirse con seguridad que los respectivos acontecimientos no pudieron haber ocurrido con posterioridad á las fechas señaladas: Los mas antiguos monumentos que se conservan (de la época del rey Snofru) datan, á lo mas, de principios del tercer milenario antes de Jesucristo: el principio de la historia egipcia, que va unido al nombre del rey Menes, se remonta al cuarto milenario, no habiendo datos bastantes para saber si es de época anterior (1).

(1) Segun el cómputo de Manethon, tal como lo ha reconstruido Unger (*Cronología de Manethon*), Menes aparece en el año 5613, (Bockh, 5702). Lepsius lo coloca en 3892, Bunsen en 3623, Brugsch en 4400, Mariette en 5004, Lauth en 4157, Wiedemann en 5650, etc. etc.

LIBRO PRIMERO

EL ANTIGUO IMPERIO

CAPITULO PRIMERO

EL PAÍS Y SUS HABITANTES.

Todo el Norte del continente africano está ocupado por un vasto desierto, que únicamente en su parte Noroeste forma un gran territorio cultivable, ocupado actualmente por los Estados de Marruecos, Argel y Túnez. A excepción de estos y de algunos terrenos costaneros, especialmente en la comarca que se extiende entre los golfos Syrtes (Trípoli, Leptis) y en la Cirenaica (Bengaci), toda esta vasta extensión de tierra está completamente cerrada á toda superior cultura, y forma la frontera natural de aquellos países del Mediterráneo que no traspasó la antigua civilización. El interior del Africa fué en todo tiempo region desconocida para el mundo greco romano.

Todo este inmenso desierto, que abarca una superficie de mas de 140,000 leguas cuadradas, contiene gran número de depresiones de terrenos, en las cuales brotan manantiales y surge una vegetación, especialmente de palmeras; tales son los oasis (1), unicos puntos en donde son posibles las residencias humanas fijas. Los oasis forman, al propio tiempo, las estaciones del largo y difícil camino que atraviesa el desierto y en el cual el comerciante que quiere adquirir las mercancías que se producen al otro lado, se ve expuesto no solo á los peligros que suponen la falta de agua, el extraviarse, y el Simun, sino tambien á los ataques de las rapaces tribus nómadas que han escogido el desierto como teatro de sus correrías.

Al Oeste del gran desierto, y distante pocas jornadas (unas 25 ó 30 leguas) del golfo Arábigo, se extiende un fértil valle, largo y estrecho, que en cierto modo puede ser considerado como un oasis de colosales dimensiones: es el Egipto, el valle del bajo Nilo, cercado á ambos lados por el desierto. Al Oeste se extiende el desierto de Libia, llano, completamente estéril, cubierto por impenetrables masas de arenas, y al Este se alza una montaña pedregosa de naturaleza arenisca y caliza, detrás de la cual se elevan hasta unos 2,000 metros las masas cristalinas de la llamada montaña Arábica. Ambos territorios son completamente distintos bajo el punto de vista geológico, pero aun cuando en el desierto oriental pueden vivir, aunque miserablemente, algunas tribus nómadas que no carecen de vegetación, de manantiales y de cisternas en las cuales se recogen las aguas procedentes de las lluvias, el cultivo es tan extraño en él como en el otro desierto occidental completamente inaccesible y solo habitable en los oasis. Entre uno y

(1) El nombre oasis (en griego οασις, Herodoto, III, 26 y otros, y tambien con frecuencia οάσις) se deriva de la palabra egipcia *uat*, de la que tambien procede la denominación árabe *wádi*. Véase Dumichen: *Los oasis del desierto libio*, 1877 y Brugsch: *Viaje al gran oasis el Khargeh*, 1878.

otro está situada, ocupando una anchura de tres á siete leguas, la depresión de terreno que constituye el valle egipcio, formado por el lecho que, en su incesante actividad, se ha abierto el rio Nilo en aquel blando suelo calizo. Antiguamente, hace muchos miles de años, la corriente se precipitaba por abruptas cascadas, cuyos restos aun se distinguen en muchos sitios, hasta penetrar en aquel territorio, donde poco á poco fué trazándose su lecho y estableciendo un nivel mas regular. Al comenzar los tiempos históricos el Nilo habia llevado ya á cabo este trabajo, y desde entonces corre formando muchos ángulos y juntándose con innumerables afluentes por el lecho del valle al cual solo inunda cuando las aguas procedentes de las nieves de la Etiopía vienen, muy entrado el verano, á engrosar su corriente. El terreno cultivable comprende todo el territorio á que alcanzan las aguas del Nilo, sea por inundación, sea dirigidas por la mano del hombre, formando gran contraste el negro territorio fértil, cultivado y abonado por el limo que el rio en él deposita, con el triste tinte amarillo de los vecinos desiertos. La anchura del suelo cultivado varía segun los puntos, pero por término medio puede decirse que es de 2 á 2 y $\frac{1}{2}$ leguas: en la desembocadura del Nilo, sin embargo, la anchura es mucho mayor, formando el país pantanoso del delta cubierto de lagos y de pantanos.

Por el lado meridional están tambien perfectamente trazadas por la naturaleza las fronteras del Egipto. Algo mas arriba de los 24.^o de latitud, en Gebel Silsile, álzase junto al rio la meseta de piedra arenisca que luego se extiende por toda la Nubia. La angostura de la corriente de Gebel Silsile es la frontera meridional del territorio cultivable egipcio. Una leyenda, derivada del nombre de la montaña (Silsile significa cadena), dice que en este punto fué en otro tiempo cerrado el rio por una cadena que unia las montañas que á uno y otro lado de aquel se levantaban. Ocho leguas mas arriba, en Assuan (Syene) se alza una colina de granito y sienita que parece cerrar el paso al rio: este ha logrado romper su dura piedra, pero no ha podido destruirla como ha hecho con la piedra caliza de Egipto; así es que se ve obligado á seguir su corriente formando cascadas que cruzan por entre los peñascos de las orillas y las islas que pueblan su lecho. Es indudable, sin embargo, que tambien en este punto el Nilo ha ido abriendo de continuo paso á su corriente, pues por los antiguos datos que acerca de las alturas del Nilo en el Alto Egipto han llegado hasta nosotros, sabemos que hace unos cuatro mil años, en tiempo de la duodécima dinastía, el Nilo, en el punto en que se alzaban las fortalezas Semme y Kumme, sobre la segunda catarata, estaba ocho metros mas alto que actualmente, lo cual solo se explica por el hecho de haber, desde entonces, el rio minado en otros tantos metros las rocas del territorio de las cataratas.

Esta primera catarata, que hace de todo punto imposible una verdadera navegación (pues solo con grandes trabajos y